

Rainy Day Women

S

Hay un olor a limpieza recién hecha en el Efenbar. Estoy leyendo el periódico, porque como dice Grumpf esa es la mejor forma de no enterarse uno de lo que pasa. No me interesa saber, últimamente. Por estos días yo constituyo mi única preocupación y eso es un muy mal síntoma. Tal vez me esté haciendo viejo, sí, puede que ya sea un tipo mayor, aunque aún no esté en esa época en la que las velas te cuestan más que la tarta. Steady medio dormita acodado en el mostrador, Brönte anda revisando las tapas detrás de la vitrina, los cinco o seis clientes están a su conversación y a sus cosas y Dios está pasando la ITV. Hay por encima de todo como una sensación de lasitud y de inercia que tal vez proceda de mí. Que me cuelguen si en estos instantes no soy un generador de desidia. Menos mal que la llegada de **S** me anima, siempre con su carterita bajo el brazo, con su revista en la mano, sus gafas de caro diseño y su sonrisa de rara definición. **S** es profesora de español en Inglaterra; sí, como lo oyen, exportadora de Cervantes en la tierra de Shakespeare. El divino manco contra el gran bardo, partido igualadísimo y desempate a sonetos. Una vendedora de quijotes en la cuna de los romeos, los hamlets y los otelos. **S** pasa diez meses al año fuera de casa, pero cuando está en ella siempre encuentra un día para comer conmigo y apabullarme con sus conocimientos literarios y de todo tipo, con su pujanza, su reciclaje y su interés por progresar, subir y ser la primera en lo suyo. Está justo en el punto opuesto de la curva al que yo me encuentro, al lado contrario de la duna. Debería decirle que después de todo, a un lado y a otro todo se reduce a arena, que llegar y medrar no le va a evitar bajar y desesperar algún día, pero eso quizá fuera, además de injusto, ponerme un poco shakespeariano . O cervantino. Quién sabe. En el fondo tengo envidia de toda esta gente que intenta estar al día en lo suyo y lo consigue, que se toma su profesión como lo que realmente ha de ser, un medio de vida y una vida dentro de la vida. La pura verdad es que los sujetos como yo siempre envidian lo que nunca han podido ser ellos, y no es que nos dejemos derrotar por la desgana: es que ya íbamos con la bandera blanca algunas horas antes de que ella nos presentara combate. No somos tipos dramáticos, ni siquiera heroicos, y jamás seremos sujeto de ninguna novela, tragedia... y ni siquiera comedia. No, no seremos quijotes, hamlets, otelos y ni siquiera romeos, sino simples seres anodinos, barnizados con un estúpido aire de grandeza. Y luego somos más

bajos que nadie. Como lo soy yo, por ejemplo, cuando le digo a S: "Se te está pasando el arroz para ser madre". "¿Y quién te dice a ti que yo quiera serlo?"

S, a fuerza de estar fuera del país está cogiendo un aire diferente, cualquiera la tomaría por extranjera. "Bueno, forma parte de la realización femenina", le digo a mi querida guiri. Ella hace un gesto despectivo, pero ni siquiera se entretiene en llamarme machista ni sexista. Está por encima de todo eso, parece que estuviera en o fuera de otro mundo. Y simplemente me lo parece a mí porque, sencillamente, está en el mundo. Yo soy el marginal, el que está fuera, con toda mi filosofía y mi supuesta capacidad de análisis. Y ante nadie siento esto tanto como ante S, cuando me cuenta de su asistencia a cursos y congresos, cuando entusiasmada me alaba los progresos de sus alumnos y las posibilidades de aumentar en categoría y sueldo que ahora mismo tiene, porque muy bien se lo ha trabajado. Brindamos por eso, con un vino blanco envejecido en barrica, dorado como el oro tras el que, indirectamente ella corre, envejecido como el amigo con el que, directamente, ella brinda. Dentro de cuatro días volverá a Londres, al Londres del smog y la permanente niebla. "Pero es difícil que incluso allí -dice- encuentre a tipos tan brumosos como vosotros". Lo dice por mí y por Steady. Acierta. Somos tipos mediocres, oscuros y sin ni siquiera un drama que contar. "Sólo nos salva la cara", suele decir Steady; ahí sí que damos un poco el pego, porque tenemos el facial aspecto de haber pasado por algo. "Pero no se engañe, señorita" -mi barman se ha acercado a traer mi gintonic y el vodka con limón que siempre toma S- "no somos tan curtidos y desde luego, en absoluto cultos. Si tengo que hablar por mí tengo que decirle que el único toque shakespeariano que me reconozco es el "¿Seltz o no seltz?" que pregunto al servir un whisky". Bien dicho, Steady. No somos héroes, no somos villanos, no somos quijotes... apenas somos, existimos, persistimos, resistimos, y hemos perdido cualquier capacidad de lucha o ilusión. Lo que es por nosotros pueden dormir tan tranquilos los gigantes como girar serenamente sus aspas los molinos, porque el espíritu que realmente nos posee ni siquiera es el escéptico y práctico del sabio Sancho. "A veces parece que meditáramos, querida S" -le digo, para colocar mi inevitable boutade, mientras busco sus triunfadores ojos tras las gafas azules- "Pero no te equivoques. Tal vez pareciera que estuviéramos poseídos por angustias interiores semejantes a las de Hamlet, pero si nos miras bien podrás darte cuenta de que en nuestras caras, más que el sufrimiento del hombre, lo que realmente está dejando marcas es la indolencia del gran Rocinante".

es.humanidades.literatura
6 junio 2004